

otros, porque, segun enseña el apóstol san Pablo (1), no hay diferencia de judío ni de gentil, de príncipe ó de vasallo, de cortesano ni de solitario : en esto consiste la uniformidad de nuestra sagrada Religion, y esta es preciso que observemos con toda su austeridad, como la observaron los santos, si queremos subir como ellos al monte santo de la gloria.

Decídmeme pues ahora : ¿es por ventura vuestra vida semejante á la vida de los santos? Ojalá que fuese así; pero la experiencia enseña lo contrario. Frecuentemente insisten los ministros de Dios en persuadir á las almas, que trabajen para ganar el cielo, como trabajaron los santos : qué para esto se nieguen á sí mismas; que hagan violencia de sus apetitos, que repriman sus pasiones, que se sujeten á ciertos ejercicios cotidianos de virtud. Mas qué obstáculos, qué dificultades no encuentran! qué excusas tan frívolas, qué pretextos tan vanos no hallan! qué delicadezas, qué ocupaciones no pretextan! Aún en muchas almas, que parece siguen el camino de los santos, no vemos que sucede así? Oyen gustosas hablar de Dios y de las cosas eternas; son irrepreensibles en cuanto á la ira, lujuria y otros vicios; pero si se les habla de que paguen á sus acreedores lo que les deben, de que recompensen el sudor de los criados con sus justos salarios, de que mortifiquen y contengan su lengua murmuradora, de que abandonen las visitas, el vano adorno de sus cuerpos, los concursos y pasatiempos profanos, qué sucede? Lo qué sucedió, cuando aquel jóven del Evangelio consultó al Hijo de Dios, y quiso saber lo que debia hacer para salvarse : al punto se sujetó á lo que el Señor del mundo le ordenó, y aún le respondió, que ya lo habia observado; pero luego que Jesucristo le dijo : ve y vende lo que tienes, dalo á los pobres y sígueme; esta palabra le entristeció, y sin replicar cosa alguna, se retiró : *Abiit tristis* (2). ¿Qué importa pues, alma cristiana, que no te condenes por vengativa, ni lujuriosa, si te lleva el diablo por ser murmuradora, injusta ó idólatra del mundo y de la fortuna?

Ay, fieles míos! á Dios se ha de servir sin reserva, que así le sirvieron los santos; y quien así no le sirva, no piense tener parte con ellos. ¿Cabe entre cristianos, que se mire con tanta

(1) Rom. c. 10. v. 12. (2) Matth. c. 19. v. 22.

indiferencia un negocio de tanta entidad como el de la salvacion eterna? ¡Un negocio, que es el mas importante, ó, por mejor decir, el único que verdaderamente nos interesa, pues de él pende nada ménos que nuestra eterna felicidad, que se trate con tal desidia, como si fuera el mas despreciable de todos! ¡Que este negocio tan esencial, y que debería estar siempre á la frente de todos los demas negocios, ceda vergonzosamente á todos en el ejercicio de nuestras acciones! ¡Que este negocio tan amable, al que las promesas de la Fe y los consuelos de la gracia unen tantas dulzuras, sea para nosotros el mas triste y desabrido! Ó ceguedad de los hombres! ó locura imponderable!

Fieles de mi corazon, todos los demas cuidados, ménos el de la salud eterna, son profanos, impuros y despreciables : no son mas que unas inquietudes vanas, estériles y casi siempre pecaminosas; solamente pueden santificarse, yendo unidos con los cuidados de la salvacion eterna; y que sin embargo no se haga caso! Dónde cabe tal desvario? ¿dónde, sino en un corazon obstinado, en quien no hagan mella los desengaños? ¿Es posible, ó pecador! es posible que tan poco aprecio hagas del fin último para que Dios te crió? Dios te dió el ser que tienes, para que sirviéndole en esta vida, le gozases por eternidades en la otra; ¿por qué pues no le sirves con todas las veras del corazon? Qué ama, quien á esta bondad no ama? qué teme, quien á esta majestad no teme? á quién sirve, quien á este Señor no sirve? ¡Que llegue á tanto la maldad de los hombres, que se atrevan á ofender insolentemente á su Dios, abandonando su salvacion! Ó desacato del mundo! ó ceguedad incomparable! ó insensibilidad mas que de bestias! ó atrevimiento digno de los demonios! Fieles oyentes míos, ¿es posible que por un deleite bestial, ó un vil interes caduco, queráis perder vuestra salvacion y ser pasto de las eternas llamas? Quién no se cae muerto aún solo de oirlo?

Abrid, católicos, los ojos para conocer vuestro engaño : ya quedáis enterados que para subir al monte de la gloria, es forzoso ir cuesta arriba, y á costa de muchos trabajos; ya quedáis instruídos prácticamente con los ejemplos de los santos, que aún padeciendo mucho, se nos hará mucha gracia en darnos la eterna bienaventuranza. Qué resta pues á vista del desengaño? ¿qué resta, sino entablar nueva vida, siguiendo el ejemplo de

tantos penitentes, para ser compañeros suyos en el cielo? Esto es, fieles míos, lo que resta: ánimo pues, para ponerlo por obra. ¿No es mucha razón, que pues ahora nos da Dios tiempo, lo procuremos aprovechar? ¿No es mucha razón, que trabajemos como los santos, para lograr aquella gloria, y gloria eterna para que fuimos criados? ¿Quién pues no se anima desde este punto con todas las veras del corazón? Todos renunciámos al mundo y sus placeres en el sagrado bautismo; todos renunciámos á la carne, obligándonos á no vivir según sus deseos corrompidos, sino á castigarla, domarla y crucificarla; todos renunciámos á Satanás y sus obras, esto es, las pompas, los juegos, los recreos y todo cuanto no es de Jesucristo. ¿Quién pues se niega vilmente á cumplir estas promesas tan solemnes? Si las cumplimos, aseguramos la gloria eterna; de otra suerte nos perdemos para siempre. Y que haya hombre que las deje de cumplir! que por un triste deleite ó vil interés quiera exponer su salvación eterna! Ó brutalidad mas que de bestias!

Baste ya, pecador, de ceguera y rebeldía: para el cielo fuiste criado, y este debe ser toda tu atención: bien sé que hasta aquí has mirado con mucha indiferencia este punto importantísimo, porque te dejaste engañar del demonio, del mundo y del apetito; pero aún estás en tiempo de recuperar lo perdido, si desde ahora te resuelves á seguir el ejemplo de los santos con lágrimas y amargura: solo con arrepentirte de veras y dar á Dios una firme palabra de observar en adelante su santa ley, aseguras la gloria eterna; oh qué medio tan benigno y tan fácil! Si con arrepentirte de haber perdido una joya, volviese á tu poder, ¿no te arrepentirías muy de veras? Pues, cristiano mío, el tesoro de la gloria llegaste á perder por la culpa; pero hay el consuelo de que puedes recuperarlo por la penitencia. Pues á qué aguardas? cómo no se parte de pena tu corazón? cómo no te mueres de sentimiento? Perder una gloria, y gloria eterna! perder la compañía de María santísima, nuestra madre! perder á todo un Dios para siempre! ¡Oh, no lo permitáis, Dios y padre clementísimo!

Llega pues, cristiano, llega sin dilación á los pies de Jesucristo, llega con gran dolor de tus pecados, para que no se pierda por tu malicia lo que obró en ti su omnipotencia: pecaste como miserable; pero ahí tienes al Cordero de Dios inmaculado, y al que borra los pecados de los hombres; ahí tienes al Se-

ñor y dueño único de tu vida, al Dios dulcísimo del amor, al insigne bienhechor del universo, al iman de tu corazón y centro único de tus afectos; ahí le tienes, esperando tu conversión y penitencia. Ó misericordia sin término! ó paciencia de mi Dios! No hay en el infierno fuego bastante para castigar mis pecados y aún queréis compasivo perdonarme! Ó exceso de bondad y de clemencia!

Ó dulce Jesús! ó redentor mío! cuán suave sois! cuán amable con los miserables pecadores! ¡que mereciendo el infierno, y mil infiernos que hubiera, me hayáis sufrido y esperado con tanto amor! Oh bendita sea para siempre tal paciencia! Bendígante, Señor, todas las criaturas por tan inefable favor; bendígante la tierra; bendígante los cielos; y sobre todo, tú, alma mía, *benedic*, te dice el real Profeta (1): bendice, alaba y engrandece á un Dios tan bueno, tan amoroso, tan compasivo, tan benigno y misericordioso; á un Dios, que pudiendo haberte precipitado á las eternas llamas desde el mismo instante en que le ofendiste gravemente, te ha esperado benignísimo, solo con el fin de que te conviertas de veras y te dispongas por este medio para ser compañero suyo en la gloria. Alaba pues alma ingrata, alma rebelde, alma infame, alma pecadora, alaba y engrandece á tan soberano bienhechor; alábale, y en justa correspondencia saca un propósito firme de servirle puntualmente y con todas las veras del corazón. Hasta aquí has buscado y servido al demonio, dejándote arrastrar de los viles gustos, honras, deleites y recreos; sea hoy el día dichoso en que, dando de mano á todos los placeres de la tierra, no tengas mas objeto que buscar á tu Dios, amar á tu Dios, honrar y glorificar á tu Dios. Esto es lo que te importa; pues á qué aguardas? Este es el camino único que te conduce á la gloria eterna: no hay ni puede haber otro; no hay gloria de lo contrario; por este anduvieron los santos, y por este has de andar tú, si quieres salvarte como ellos; pues qué haces? cómo no te caes muerta á fuerza de agradecer? Gime, clama y suspira con el mas profundo sentimiento; llora tus desaciertos, y toda llena de confusión pide á tu Dios, como aquel famoso publicano, perdón de todos ellos; dile, como él, y con la misma eficacia (2): *Deus, propitius esto mihi peccatori*: Dios mío, sed propicio con este pobre pecador, apia-

(1) *Psalm.* 102. v. 1. (2) *Luc.* c. 18. v. 13.

dáos de mí, compadecéos de mí, habéd misericordia de mí; no lo merezco, es verdad; pero supla, Señor, vuestra sangre lo que falte á mi disposicion; esa sangre amorosa es nuestro amparo; á ella pues nos acogemos, y por ella os pedimos perdon y misericordia. No es así, fieles míos? Ojalá que de dolor no me podáis responder. Buen ánimo, ánimo y aliento para llorar nuestras culpas; no mas ingratitud contra un padre tan amoroso, no mas ofender á tan infinito bienhechor: lloremos sí nuestros pecados; clamemos con amargura, diciendo de todas veras: Señor mio Jesucristo, etc.

HOMILÍA.

LA CONVERSION DEL PECADOR

NO DEPENDE DE SUS MÉRITOS,

SINO DE LA GRACIA DE DIOS.

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducit illos in montem excelsum seorsum; et transfiguratus est ante eos.

Toma Jesus á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva á un monte alto apartado, y se trasfiguró en su presencia.

S. Mateo, c. 17. v. 1 y 2.

¡Cuán interesante y satisfactoria es para los cristianos la escena misteriosa que pone á su vista la Iglesia en este día! Oh! quién tuviera la dicha de saberla apreciar debidamente! ¡quién se hallara con fuerzas suficientes para subir á la elevada cumbre en que se representa! Pero es demasiada la debilidad y torpeza de nuestros piés para superar los obstáculos que se hallan al paso de este difícil ascenso. El espíritu de los Gerónimos, la sublimidad de los Agustinos... todo es poco. La agilidad é inteligencia de los ángeles era necesaria al efecto. Qué asombrosa maravilla! La gloria de un Dios-Hombre! ¡la infinita gloria de un Dios salvador, constituído cabeza de toda la especie humana! ¡la gloria inefable de un Dios, que se digna tomar sobre sí toda la miseria del hombre, para elevarle á la participacion de su misma gloria! Oh! si el príncipe de los apóstoles se dignara comunicarme un débil rayo de la luz y energía que produjo en su alma la vista de Jesucristo glorificado, ¡cuántos y cuán puros